

Palabras pronunciadas durante la celebración del reconocimiento como profesora emérita el

18 de diciembre de 2025 en la Casa Chata

Daniela Spenser

Estimadas y estimados colegas, amigas y amigos: es también a ustedes a los que debo agradecer el reconocimiento que el CIESAS me ha otorgado este año como profesora emérita. Sin el concurso de todos en un ambiente de armonía y colaboración no lo hubiera logrado. Este ambiente no nos fue obsequiado, sino que lo conquistamos y lo defendemos cada vez que está amenazado.

Le pedí a Armando Alcántara y al departamento de recursos humanos que me proporcionaran la lista de los extranjeros en el CIESAS porque sobre ellos, sobre nosotros, quiero reflexionar. En este momento representamos más o menos el 18 % de la planta académica. Somos argentinos, colombianas, españoles, franceses, un estadounidense, un cubano, tuvimos un peruano y un dominicano, tenemos una danesa, un polaco, guatemaltecos, una inglesa, un canadiense, japoneses, italianas y yo, una checa. Keiko la japonesa fue una de las fundadoras del CIESAS y la colombiana Lina Rosa fue la última extranjera en ingresar. No he prestado atención a los que de estos extranjeros se naturalizaron en México, porque es otro tema.

El CISINAH fue fundado por un exiliado español. En mi afán de ver el comunismo, el anticomunismo y la guerra fría por doquier, originalmente quería relacionar el ingreso de los extranjeros con las coyunturas políticas. Pero la vida de cada uno de nosotros es mucho más diversa y rica que mis pasiones académicas. Entonces me di a la tarea de investigar.

Pero es cierto que los años setenta fueron de golpes de estado y de exilios. Fue cuando Tere Carbó llegó a México y vía Guillermo Bonfil al CIS-INAH. Cito: “Llegué a México como exiliada en 1975, meses antes del golpe cívico militar del 26 de marzo de 1976, gracias a la advertencia de un tío, peronista de derecha, quien nos aconsejó (a mi entonces marido y a mí) salir del país. Allá y en esos tiempos, cuando ya actuaba la triple A (Alianza Anticomunista Argentina), ése no era un mensaje para echar en saco roto”. Hoy, décadas después, Tere concluye: “a pesar de las grandes satisfacciones que he vivido en México y que agradezco y celebro, el exilio jamás sana en la dimensión familiar. Heme aquí con la hija y su niño en la CDMX, y el hijo (con su esposa y mi nieto mayor) en Buenos Aires”.

¿Por qué el CIESAS le pregunté a la francesa Séverine Durin, quien pertenece a otra generación? Es bien sabido que, con los años, el CIESAS se convirtió en una institución de antropología de primera línea, con métodos propios y novedosos de investigación y otros que adoptó de las grandes escuelas. Se volvió un imán para aquellas que como Séverine habían tenido una experiencia del campo mexicano, primero con la mochila sobre la espalda, y luego atraída por los maestros notables como Guillermo de la Peña. Cito: “Guillermo ha sido un mentor y persona clave, quien me introdujo a la antropología mexicana, y el saber trabajar en equipo”.

El testimonio de Roberto Melville reitera la experiencia de seguir a los connotados maestros. Cito: “yo era jesuita y guatemalteco. En 1972 yo estaba buscando dónde hacer mi tesis en Antropología Social en la Ibero y fui a El Salvador a evaluar la posibilidad de hacerla allá sobre campesinado salvadoreño. A mi regreso hablé con Arturo Warman sobre las condiciones que había encontrado, y él estaba buscando estudiantes que quisieran participar en el equipo de investigación sobre los campesinos en el Oriente de Morelos. Me

invitó a unirme a ese proyecto pionero (Proyecto de Estudios Básicos en Antropología). Acepté la invitación. Al año PEBA se convirtió en CISINAH. Y en 1980 se convirtió en CIESAS. Diré entonces que CIESAS me escogió a mí”.

Yo misma llegué al CIESAS en 1980 vía una de las antropólogas más destacadas de México, Mercedes Olivera Bustamante. Conocí a Mercedes en los años setenta cuando las dos vivíamos en Chiapas. Las guerras y las guerrillas centroamericanas estaban al rojo vivo y yo era objeto de sospecha por parte de la izquierda militante porque había salido de Checoslovaquia, un país socialista. Que Checoslovaquia había sido un país invadido militarmente por la Unión Soviética y sus aliados era un mal menor. Paradójicamente, cuando más tarde trabajé en el Instituto Mexicano del Café, atraje la atención de los agentes de la Secretaría de Gobernación por mi cercanía a los caficultores y por ser adversa a los intermediarios que en la compra de café mermaban los ingresos de los campesinos. Admito que temía la aplicación del artículo 33, opté por la academia y dejé la antropología.

Al ingresar al CIESAS, con apenas una licenciatura, la calidad de extranjera se volvió un activo laboral en lugar de ser un riesgo. Con Brígida von Mentz, Verena Radkau y Ricardo Pérez Montfort, solo hay que fijarse en los apellidos de mis colegas, trabajamos la historia de los empresarios alemanes en México, sus actividades económicas y políticas, mientras que otros colegas investigaban a los españoles y otros más estudiaban a los norteamericanos. Eran tiempos de hacer trabajo de campo, de procrear hijos y criarlos, todo al mismo tiempo.

Nuestra extranjería ha sido totalmente respetada en el CIESAS. Me lo han confirmado la italiana Daniela Traffano y el español Rubén Muñoz. Nos distinguimos tan solo por nuestros respectivos acentos y las cadencias de nuestro castellano que debe deleitar a los estudiosos de la fonética. Por mi parte, encontré en el CIESAS mi familia académica y

en la historia mi nicho que no habría podido desarrollar si no hubiera gozado de libertad académica irrestricta. ¡Por todo aquello, mi infinita gratitud!